

En fin el cinema viene a darle al «metteur en scène» la posibilidad de una infinita movilidad de decorados puramente imaginarios.

Quizá la importancia creciente del papel del hombre sobre la tierra, y la manera como procede sobre el planeta le inspiran esta idea: que puede también formar a su antojo los decorados de sus acciones ficticias.

Y tal vez este estudio de apariencia gratuita, arbitraria, «literaria», se funde por consiguiente sobre una vista prosaica y bien real de la historia, presentando el arte a la vez que como un reflejo y como un fin de la vida, como su sombra y su luz.

En cuanto a esto, el lector, más malicioso que yo, lo ha adivinado antes que lo escriba.—DOMINIQUE BRAGA.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

LA CUESTION DE LA LITERATURA PROLETARIA

MIS lectores de la América Latina están suficientemente informados acerca de los movimientos de ideas que se producen en Francia y en Europa y que le han permitido conocer la notable importancia que tiene actualmente en el viejo mundo la cuestión de la literatura proletaria. Yo quisiera, sin embargo, aportar a este tema algunas consideraciones.

Así, hay mucha confusión en los comentarios que suscita esta nueva modalidad de la literatura y del arte. Es curioso constatar que no estamos aún bien de acuerdo sobre los caracteres fundamentales de la literatura proletaria ni aun sobre su definición precisa.

Es necesario, desde luego, observar que la crítica se ejerce por lo común en obras realizadas sobre un movimiento cuyo desarrollo ha arrojado ya algún resultado. Luego la literatura proletaria está aún, si así se puede decir, en el estado de sueño o por lo menos de bosquejo. Está en formación. Es más o menos explícitamente la expresión de una modificación social virtual, en poder y en gestación, en la mayoría de los países.

Por lo demás estas consideraciones preliminares no están integralmente aceptadas por todos los que disertan en nuestra época sobre literatura proletaria. Por lo tanto, es de urgencia tratar de limitarla en una fórmula clara.

No hay que confundirla con ésta nueva escuela que llaman el *populismo* y que los críticos serios consideran demasiado artificial y superficial. El programa del populismo es inconsistente y parece haber sufrido ya modificaciones según las oportunidades. Se puede decir que esta secta, al rededor de la cual se hace una propaganda desproporcionada para el interés que ofrece, tiene por directiva un retorno bastante tímido, bastante vago y bastante banal a las «clases populares», en oposición al snobismo de las clases ricas, tratado por la literatura de los Paul Bourget, de los Marcel Presvost, de los Marcel Proust, etc., etc... El populismo preconiza igualmente una cierta simplificación en el estudio psicológico y analítico de los personajes. Todo esto no dice gran cosa y no constituye un cuadro suficientemente preciso para un movimiento que pretende ser nuevo y original.

Una revista «*Le Nouvel Age*», pretende defender la literatura proletaria. Está dirigida por un escritor audaz y perfectamente leal, Henri Pulaille. Pero es extremadamente difícil determinar la posición de «*Le Nouvel Age*», después de la obra de crítica de Pulaille, libro del cual la revista en cuestión no es más que el prolongamiento periódico, una fórmula satisfactoria de la literatura proletaria. Sólo se desprenden de ella ciertas tendencias obreristas y de simplificación de fórmula.

Sin embargo las diversas discusiones que ya se han producido permiten fijar algunos puntos de esta literatura proletaria cuya necesidad se advierte y cuyo empuje se vislumbra, se prevee, pero no se consigue encerrar en una definición. No parece sino que cada cual tuviera su literatura proletaria particular.

La literatura proletaria no es exclusivamente aquella que haría un obrero, y no puede ser sólo esa, como «*Le Nouvel Age*» se obstina en creerlo. No se puede decir tampoco que sea aquella que describe la vida de los obreros. Estas dos restricciones son tan pueriles la una como la otra, porque un escritor obrero puede imitar el arte burgués y el más refinado burgués puede describir la vida de los obreros. En cuanto a la forma, al estilo, —simple, sin sutileza,—es una condición indispensable, pero no suficiente.

Así, pues, tenemos que no hay medios de determinar con alguna precisión lo que puede y debe ser la literatura proletaria; sin considerarla como aquella que se dedica a describir la *vida colectiva*, a ser una literatura «de montón», reaccionando contra el individualismo exagerado de los escritores de moda de nuestro período de decadencia. Es igualmente manifiesto que uno de sus rasgos característicos debe ser el de

adherir al movimiento social y de adquirir, por ese aspecto, significación y peso en la lucha de reivindicación de las multitudes contra la explotación de las clases privilegiadas. Por consiguiente, literatura revolucionaria, en reacción contra la conformidad de los autores académicos y la anarquía de los campeones del arte por el arte.

En consecuencia, la literatura proletaria debe ser aquella de las grandes uniones humanas. Es imposible describir las multitudes del trabajo y de la guerra sin mostrar sus aspiraciones profundas y sus objetivos. Además hay leyes que rigen a las multitudes y no se puede hacer vivir a éstas por la evocación artística sin que de esas leyes se desprendan las propias multitudes. De grado o por fuerza la literatura toca a la sociología, a la moral social, y por ese lado, a la política, por lógica y lealtad.

Por lo demás esto es la consecuencia racional del progreso mismo de la literatura y del perfeccionamiento de los modos de expresión. Cada día con mayor fuerza, a través de la historia del hombre, el realismo ha penetrado en el arte como ha penetrado en el espíritu humano, cuyos procedimientos de investigación y fuerzas creadoras ha disciplinado y organizado poco a poco, en el transcurso de las edades.

El desorden de las épocas primitivas ha sido sustituido, poco a poco, por un orden inteligente. El conocimiento se ha hecho cada día más científico, y el positivismo de los sabios ha penetrado cada vez más en todas las manifestaciones del espíritu. La literatura se ha vuelto cada día menos desordenada y fantástica. Ha encontrado cimientos mediante métodos de observación y de destrucción, sentido experimental, noción del lugar que ocupa una manifestación de la vida en el conjunto de la vida misma y de las relaciones de las diversas costumbres. Asistimos hoy día a la influencia del espíritu científico en la literatura, influencia que ya ha dado el realismo y el naturalismo. Vemos igualmente que el escritor se siente dueño de una misión moral y social, después de la ola desordenada y brillante de la literatura ficticia de estos últimos años.

Es necesario comprender, cuando se evocan así las grandes líneas esenciales de esta eclosión, de la cual sólo tenemos ciertos signos precursores, que se trata de un perfeccionamiento que está en el orden de las cosas, y que, como el resto, las creaciones del espíritu se unen cada día más rigurosamente a las grandes fatalidades positivas que dominan y empujan a la humanidad.—HENRI BARBUSSE.

Exclusivo para *Atenea*, en Chile.